EL SECRETO DE LAS MOSCAS

 Siempre habrá algo nuevo por develar

 Eddy León Barreto

Quiero escribir una novela profunda, tan profunda que las moscas perezcan ahogadas en ella. Gao Xingjian,(n. 1940- 80 años) Premio Nobel de Literatura, 2000.

CAPITULO UNO

 SI, MOSCAS

 “Lo que las moscas son para los chicos traviesos, eso somos nosotros para los dioses. Nos matan para divertirse”. William Shakespeare del drama El rey Lear

— ¿Moscas?

Desde que tenemos uso de razón más o menos las conocemos, y ya desde mucho antes cuando fuimos bebés y sin saber que son las veíamos saltar de un lado a otro, pegarse a nuestra piel y succionarnos hasta hacernos llorar, pero suponer que sean inspiración para perpetrar crímenes sería como sumar otra gota al jarrón casi lleno de sus cualidades negativas.

—No te creo– fue la respuesta, salida sin elucubración, sin mucho darle a la idea, y luego de ingerir un trago largo de cerveza.

Pero mi amigo seguía insistiendo en relacionar a las moscas con el perpetrador de los crímenes que tenían vuelta de cabeza al departamento de policía de mi ciudad, donde me desempeñaba como Inspector Jefe de la Oficina de Investigaciones Criminales. Aunque horas después, ya en el silencio de mi habitación, razonando con serenidad, pensaba que algunos de los cabos que existían, en verdad, una pista pequeña o grande pudiera vincularlos a esos bichos asquerosos por lo que ese aparente “disparate” no debía descartarse. Y recordé lo que una vez me dijo mi profesor de criminalística: – Para el investigador, todas las pistas son importantes y no se desecha ninguna hasta comprobar que no lleva a ningún lado.

Todos esos delitos ocurrieron entre la noche o la madrugada del jueves para viernes de una semana atrás: cinco centros financieros violados y en dos de ellos un par de cadáveres, el de los vigilantes, cuyo rigor mortis eran tan espeluznante como lo que se suponía habían visto antes de morir. ¿Qué cosa les causó tal impresión que no solo paralizó sus corazones sino que los dejó con esa expresión facial que también asustaba a los que la miraban?

Dormía cuando casi al amanecer el jefe llamó a mi celular convocando a una reunión urgente, y de paso anunciando con voz angustiada la comisión de esa serie de delitos.

— ¿Siete, siete crímenes en pocas horas? No puede ser, esta ciudad se está volviendo loca o fue tomada por las mentes más siniestras– pensé mientras encendía el carro para dirigirme a la oficina. Pero, como ser humano y por encima del deber, también pensaba que mas delitos se traducen en más trabajo, consumir horas sin dormir, investigar hasta el cansancio y todo porque desde hace ya varios meses no contaba con un compañero capaz, sino con simples policías uniformados, sin preparación, acostumbrados a poner multas y sancionar a borrachos trasnochadores o a jóvenes adictos a las drogas menudas, porque los buenos detectives, los de mayor experiencia, fueron transferidos a la División contra Drogas y Crimen Organizado, donde las investigaciones para desmantelar carteles y detener a sus capos son casi siempre demasiado lentas, se llevan hasta años, y cuando ocurren los golpes, las detenciones, la respuesta es un cese casi inmediato de las operaciones del resto de los compinches hasta que regresa la calma y después nuevamente a lo mismo, en un círculo vicioso que entre sus paradojas incluye la corrupción de funcionarios, porque funcionan como corporaciones multinacionales con departamentos para el blanqueo de dinero, prostitución y hasta de relaciones públicas. Pero en robos a la propiedad y homicidios, en el día a día, la sociedad aspira a la contundencia, al esclarecimiento lo más pronto posible y sin dejar rendijas. Y siempre aspiramos a que no aparezca un asesino en serie o una supermente criminal.

La sede policial está en el centro de la ciudad en una vieja edificación que años tras años entra en remodelación, añadiendo y achicando departamentos a la espera de una mudanza que nunca llega, que siempre queda en la promesa de los gobernantes. El jefe fue genérico en la información y no ocultaba su preocupación. Ya sesentón y con un pie en el retiro, eso de varios crímenes en una noche en nada abonaba a su carrera policial tan exitosa.

—Hace poco llamaron cada uno de los gerentes de esos bancos. No hubo violencia. Y en cuanto a los vigilantes muertos, solo uno intentó en vida sacar su arma, un revólver. Hay un herido, un trabajador de limpieza que se golpeó fuertemente el cráneo al rodar por unas escaleras–comenzó a explicar después de los saludos y el de toma asiento.

— ¿Y qué robaron?–pregunté.

—Ahí está el detalle, como diría Cantinflas. No informaron, dijeron con certeza que las bóvedas están intactas, tan herméticas como las dejaron al cerrar.

— ¿Y las alarmas?

—Mudas. Ni la conexión con nuestra central funcionó.

—Bueno, como ahora son digitales cualquier hackeador las deja en neutro. Y si hacen ruido o no, el ladrón dispone de dos a cinco minutos para huir, hasta que llegue la policía.

El jefe sonrió.

—Mira Ramos, te agradecería toda tu astucia y experiencia en este caso…

—Gracias por su confianza, jefe. Pero usted sabe que estoy solo…

—Ah, se me olvidaba. ¿Viste el joven que está sentado cerca de tu escritorio?

— ¿Ese de traje que parece galán de películas de poco presupuesto?–respondí, girando la silla hacia mi oficina– .Si, lo vi pero creí que era un denunciante…

—Se llama Rafael, viene de la capital y a pesar de su juventud, su expediente habla de buena experiencia en investigaciones. Bueno, ya tienes un compañero; ahora a la calle, quiero respuestas. De paso, las escenas de los crímenes están resguardadas por uniformados y ya el forense, el doctor Ryvack, fue notificado. Suerte…

Rafael Quintero, mi nuevo compañero, me dice que pidió transferencia porque su suegra vive aquí y quiere atender a su hija, ya casi para dar a luz.

—Apenas llegué ayer. En la capital siempre hay mucho trabajo y en esa etapa de mi esposa, tengo que estar atento… y bueno, ya usted puede imaginarse.

—Aquí el trabajo se vuelve rutinario, no es tan numeroso, robos y alguno que otro homicidio, pero cuando se está solo se hace agobiante –le respondí, recorriendo de arriba abajo su contextura atlética, su cuidadoso peinado y su rostro, sí, de galán.

Después de hablarnos un poco sobre nosotros, le resumí lo que ya me había informado el jefe.

—Llegaste oportunamente. Lo que ha ocurrido rompe la regla de lo rutinario. Pienso que nos faltará tiempo. Tenemos bastante trabajo. Aquí tienes libreta y un grabador, en caso de que tu celular no disponga de uno. Bien, a la calle.

La primera parada fue en el primer banco donde encontraron muerto a un vigilante. El lugar ya estaba resguardado por agentes uniformados como dijo el jefe, y el forense realizaba la inspección para proceder al levantamiento del cadáver. Era el de un hombre maduro, moreno, y quizás superaba los 50 años. Quedó muy cerca de las altas y anchas puertas de la entrada, en posición boca arriba, y su revólver estaba en su lado derecho. Sin rastros de sangre o de cualquier agresión su rostro llamaba tanto la atención que yo, acostumbrado a ver cadáveres resultado de acciones violentas, tuve que hacer un gran esfuerzo lo que, creo, también hizo mi compañero porque el rigor mortis era aterrador.

—Aunque soy de los médicos que no relaciono la expresión facial de los muertos con las causas de sus muertes, porque he visto difuntos con rostros sonrientes que han fallecido de manera violenta mientras que otros con caras llenas de tristeza perecieron por causas naturales, en este caso me sorprende la cara de terror de este vigilante, con sus ojos desorbitados y los músculos faciales en tal tensión que han desfigurado y hecho casi irreconocible la cara que se muestra en la fotografía de su carnet–nos explicó el forense, el veterano doctor Ryvack, un profesional de la medicina casi septuagenario, dedicado por décadas a las ciencias forenses y destacado docente universitario enemigo de una jubilación.

— ¿Entonces, de qué pudo haber muerto, causa?

—Pienso que por un paro cardíaco, pero será la autopsia la que nos dará la certeza. Le enviaré el informe tan pronto tenga el resultado. Lo espero en el otro banco, con el segundo muerto.

—Doctor, por último, ¿la hora de la muerte?

—Sospecho unas siete horas antes.

En la entrevista con el gerente, sorprendentemente un joven de menos de 40 años, elegantemente vestido, este afirmó que hasta dónde habían revisado nada faltaba.

—Extraño, pero salvo lo del vigilante, todo está normal, las cerraduras perfectas y en las oficinas cada cosa en su lugar.

— ¿Y en la bóveda, porque deben tener una, no?—preguntó mi compañero.

— ¡Por supuesto¡–respondió elevando su tono de voz– pero está cerrada. Se abrirá automáticamente dentro de 5 minutos, a las 9 de la mañana en punto.

— ¿Y el registro de las cámaras?–pregunté.

—Muy raro, el sistema no grabó. El disco duro se lo entregamos a un perito de su policía.

El gerente nos condujo por un pasillo angosto, paralelo a su oficina, bajamos cuatro o cinco escalones, y al frente estaba la cámara acorazada, moderna ella, con una gran rueda al centro y a sus lados unas pantallas digitalizadas. Y tal como había dicho, a las 9 en punto haciendo un ruido seco, casi imperceptible, apenas como unos leves escapes de gas comprimido, la enorme puerta comenzó a abrirse.

—Ya podemos entrar y comprobarán que nada se han llevado, esta bóveda es inviolable, ni con dinamita puede abrirse–dijo el joven gerente, mostrando cierto orgullo.

A primera vista todo estaba en orden. Las pacas de dinero ordenadas por su denominación, bien dispuestas en estantes de madera. Cajas plásticas todas cerradas y que, según el gerente, guardaban bonos y documentos clasificados, apiladas y numeradas. Varias cámaras en los ángulos de las paredes, alarmas láser e iluminación de luz de día.

—Como ven no hay nada anormal aquí y en todas las instalaciones del banco, salvo la muerte del humilde vigilante. Cuando abrimos y vimos esa escena, imaginamos lo peor, pero ya ven ustedes, nada ha pasado–comentó el ejecutivo.

— ¿Y las cajas de seguridad?–preguntó Quintero.

—Ah, eso está en otro departamento. Síganme.

El siguiente recorrido nos llevó a una bien cuidada sala.

—Aquí traemos a los clientes y tras un rápido protocolo de identificación, marcan su clave personal en ese dispositivo que le dará acceso a la sala contigua para con su propia llave abrir sus cajas privadas.

— ¿Podemos pasar?–pregunté.

—Sí.

El gerente llamó a un empleado que abrió la correspondiente puerta de seguridad. Entramos y todo se veía ordenado. Las cajas individuales, metálicas, de distintos tamaños e identificadas consecutivamente con dígitos del uno al millar, se ubicaban en tres paredes, desde el piso hasta casi el techo.

Ya nos marchábamos cuando mi compañero vio un detalle que le llamó la atención.

—Hay algo raro en aquellas cajas de arriba –señaló–. Su ordenamiento. No siguen la numeración concordante. Además, se ven como desencajadas, fuera de lugar en comparación con sus vecinas–añadió.

—Hay que comprobar eso–dijo el gerente, ordenando al empleado subir a una pequeña escalera que estaba en el lugar y proceder a revisar. Al rato, desde su posición reconoció que tres cajas estaban disparejas, no seguían la numeración, y a su parecer habían sido violentadas.

—Son las 199, 193 y la 197.

Y antes que pudiéramos exigir verlas e identificar a sus clientes, el gerente nos advirtió que se requería de la orden de un juez para hacerlo. Argumentó que así se estipula en el contrato de confidencialidad que los usuarios han firmado y bla, bla, bla. Sin embargo, detallamos con la cámara de nuestros celulares la posición de esas cajas.

—Agradecemos no moverlas ni cuando vengan sus “dueños”. Vamos a colocar esta cinta amarilla a todo esa parte. Y esperen el oficio correspondiente de las autoridades judiciales. . Otra cosa, por lo menos vamos a citar a declarar a un grupo de su personal. Le agradecemos una lista por cargo y años de servicio.

—No sé, creo que está abusando de su autoridad. Ese personal estaba en su casa o en otra parte menos aquí cuando ocurrió lo que aun no sabemos qué ocurrió. Consultaré con los abogados del banco.

—Ese es su derecho, pero lo que hacemos está en nuestras atribuciones. Esto es una investigación criminal y hasta que demostremos lo contrario, todos, absolutamente todos, son sospechosos.